

en aquellos signos de "autoridad masculina," que la Naturaleza concede en la frente á ciertos animales, ó en lo de que la mujer contiene y abarca y presenta "modelos de todo lo psíquico de todos los animales," cosa que, ó no la entiendo, ó trasciende á azufre de herejía gorda. Mas ni está el horno para bollos, ni yo para bromear en estas cuestiones..., aunque, bien mirado, sería tal vez la mejor crítica.



CRÓNICA LITERARIA

Dos notas curiosas recojo en la prensa, donde no han tenido eco, y las ofrezco á mis lectores.

Apareció la primera en *El Atlántico*, de Santander, hace ya mes y medio, con el título de *Gran fracaso*, y, que yo sepa, ningún periódico de la corte la ha recogido. Trasladaré algunos párrafos del artículo, que dicen así: "Por dificultades editoriales que no se han podido vencer, ha fracasado últimamente un gran proyecto literario, el cual, llevado á la práctica, hubiera influido de un modo notable en la cultura española. Tratábase—nada menos—que de la publicación de una Revista crítica, redactada exclusivamente por Valera y Menéndez y Pelayo, y que, inaugurándose el día 1.º de este año, saldría á luz una vez cada mes, como el

NUEVO TEATRO CRÍTICO de la señora Pardo Bazán. La Revista iba á satisfacer una necesidad apremiante de nuestra literatura, y hubiera conseguido el éxito que merecen aquellos insignes escritores; pero el pícaro ochavo, cuya influencia en las letras, como en todo, es tan decisiva... lo ha echado todo á rodar, y de rigor es que lo lamentemos.,,

Yo lo lamento más que nadie. La Revista proyectada por los Sres. Valera y Menéndez y Pelayo, no sólo vendría á partir de un modo natural el campo crítico, aliviándome en gran parte del peso que he puesto sobre mis hombros, sino que, además de esto y de muy saludable enseñanza, me daría también asidero para cierta clase de discusión y controversia, honrosa para mí, claro está. Y probaría que la idea del TEATRO CRÍTICO no ha sido dascabellada, puesto que la acariciaron casi como un sueño tan altos próceres de las letras. Y, fracasada y todo, prueba que, algún insignificante mérito contrajo quien la pudo (déjenme que me pavonee) reali-

zar. No se trata del *cómo*, literariamente hablando, sino de que, en Enero del año 1893, habré cumplido dos años de dar cima á esta labor, para la cual iban á asociarse Menéndez y Pelayo y Valera.—Y he de añadir que me sorprende el que no encontrasen editor (porque esto significa lo del "pícaro ochavo,," dos firmas tales. Yo supongo que el editor, ó los editores, que no se han apresurado á festejarlas como era natural y justo, habrán obedecido en su retraimiento, no á recelos de la indiferencia del público, sino á temor de que las dos plumas de oro tuviesen días en que se resistiesen á correr para la crítica de actualidad; en que Menéndez se enfrascase en Lope de Vega ó las ideas estéticas del siglo XIX, en que Valera se pusiese el frac, después de haber echado la llave á su escritorio...

*
* *

La otra noticia la copio de *El Día*, y es como sigue :

“Los senadores de Andalucía, señores duque de T'serclaes y marqués de Jerez de los Caballeros, han dado esta mañana un almuerzo en Lhardy á varios académicos de la Española y á algunos compañeros de representación.

„Los comensales debían haber sido catorce, pero sólo han asistido el Padre Mir, los Sres. Tamayo y Baus, Balaguer, Valera, Castro y Serrano, Menéndez y Pelayo, el conde de la Viñaza, el marqués de Jover y su hijo, el barón de la Fuente de Quinto, director de *El Adalid*, de Córdoba, y el diputado Sr. Viesca, director de *La Dinastía* de Cádiz; en total, trece.

„Lo ilustre de cada uno de los concurrentes no ha bastado para sustraerlos á las preocupaciones del número fatal: todos ó algunos se resistían á sentarse en derredor de la mesa, y por fin dieron la solución los Sres. Balaguer y Tamayo, almorzando en mesa aparte.

„Para que todo fueran coincidencias, el Sr. Menéndez y Pelayo se ha presenta-

do al almuerzo con una herida en la frente, que le había causado un enemigo suyo: el censo para las elecciones por sufragio universal, abultado tomo que estaba consultando esta mañana en su biblioteca, y que le cayó en la cabeza al cogerlo de un estante.

¿Verdad que en estos párrafos hay cosas muy raras?

En primer lugar, no pudieron ser *todos*, sino solamente *algunos* de los comensales los que resistieron sentarse á la mesa de trece. De fijo que el Padre Mir ocupó su asiento sin protesta, pues la fe le manda no creer en sueños, agüeros ni rayas de manos. Tamayo y Menéndez y Pelayo, que son buenos católicos, tampoco creerán en ellos, y por consecuencia se sentarían impávidos á una mesa de trece; y Valera, que es un espíritu desengañado y maleante, me figuro que se encontrará curado de esas aprensiones, que son del dominio del *folk-lore* europeo.—Singular encuentro también que Menéndez y Pelayo, en vez de consultar las obras de Ave-

rreros ó la *Bibliotheca Vetus*, se dejase descalabrar por el censo electoral por sufragio...; pero en fin, esto sólo probará que Menéndez consulta todo libro, y que el mejor día se nos aparece descalabrado por el *Mayor* del comercio de Pablo Escolar...

En cuanto á la vitalidad de la superstición de los trece, yo no debiera admirarme tanto, puesto que me encontré hace años en circunstancias muy parecidas.— Se organizó una comida en Lhardy, á que asistieron algunos escritores, y en que se obsequiaba al señor doctor Fastenrath y á mí.— La mesa, resplandeciente de luces, plata Ruolz y cristalería, esperaba; todos íbamos á ocupar nuestro puesto, cuando notamos que D. Ramón de Campoamor, acurrucado en una esquina, agachaba la cabeza y callaba, mostrando que no quería tomar parte en el festín. A nuestras preguntas contestó con voz sepulcral que éramos trece, y él el más viejo, y que le tocaría, de fijo, el gordo en aquella lotería de la

muerte.— ¡Cuántos muchachos se han muerto desde entonces! — No fué posible persuadirle. Hubo que echarse á buscar un catorceno gratis, pues en los *restaurants* españoles no hay á la puerta, como en los franceses, ese *monsieur le quatorzième*, que, correctamente vestido, con su roseta en el ojal y la sonrisa en los labios, espera á que las aprensiones ajenas le den yantar y propina. A las nueve y media, ó más cerca de las diez, lograron nuestros emisarios traernos á Fernando Fe, que precipitadamente se había embutido en el frac, y conjurado ya el mal sino, comimos, en paz y en gracia de Dios, con muchas ganas y sumo contento.— Al otro día los periódicos refirieron el caso; pero atribuyéndome á mí la dificultad, por aquello de que las mujeres somos impresionables. Yo no me jacto de espíritu fuerte; debe uno jactarse de las menos cosas posibles; pero la verdad es que me he sentado tranquilamente á una mesa de *trece*, un día *trece*, en Burdeos; que á las pocas horas me embarqué para Espa-

ña á bordo del magnífico transatlántico *Puno*, y que nunca tuve mejor navegación, mar más bella, cielo más despejado... Ni siquiera me mareé. Ya sé que este es un argumento empírico. Lo mismo que el *Puno* atravesó felizmente el golfo de Gascuña, pudo naufragar en él. Y ahí tenían Vds. demostrado el *meigallo*, como en mi tierra se dice...

*
* *

De algunos libros nuevos hablaré en esta crónica, de prisa, porque no puede ser despacio. El primero es el que Doña Sabina de Alvear y Ward consagra á la memoria de su padre. Esta señora presta, con su piedad filial, un verdadero servicio á la historia patria. Hay en él documentos que no se conocían, datos importantes. La parte en que la señora Alvear habla por cuenta propia está trazada por una pluma sencilla, simpática, ya grave, ya afectuosa y tierna. Es una narradora, no una artista; pero ¿cuántos artistas se pueden contar entre nuestros historiado-

res? Ni pretendió tampoco esta señora lucir las galas de su dicción ó la profundidad de su pensamiento. Quiso arrancar á la obscuridad y salvar de la indiferencia y del olvido la figura bizarra y noble de su padre. Lo ha logrado, y al mismo tiempo abre fuentes en que no se desdeñarán de beber los historiadores futuros. Mi más respetuosa enhorabuena á la señora Alvear.

*
* *

La Gitana, novela de Salvador Rueda, inaugura la Biblioteca que va á publicar su hermano, al precio de *una peseta* volumen. Tal baratura es increíble, sobre todo en el presente caso, en que se trata de una novela nueva y original de autor que el público estima. Salvador Rueda, más que novelista propiamente dicho, es un impresionista de la pluma, que se ha creado una especialidad de colorista meridional, apegado á lo típico de una raza y á lo consuetudinario de una región; uno de los costumbristas natos que hacen *no-*

vela porque el público la lee y la busca más que el artículo descriptivo. De todas suertes, la biblioteca es una tentativa, que merece estimarse, para aclimatar aquí la lectura por medio de la baratura del libro, que además está bien impreso, en excelente papel, con linda y llamativa portada. Que la fortuna sea propicia á los señores Rueda.

*
* *

La quinta edición de las poesías de Bartrina me tentaba á decir algo sobre este poeta tan moderno en sus cualidades y en sus defectos, tan sincero en su *pose*, ó dígase en su afectación de descreimiento, bajo la cual sangra un corazón parecidísimo al del famoso *Basarof*, héroe de la novela de Turgueneff, *Padres é hijos*. Veremos si en los meses de verano, en que afloja la producción de verdadera actualidad, queda sitio para alguna de esas excursiones retrospectivas que no carecen de encanto. Ahora tenemos en puerta la nueva novela de Galdós, *Tristana*, en

la cual aparece "sólo de perfil", dice el autor, cierto problema que me interesa muy especialmente, y las *Poesías* de Balart (que forman perfecto contraste con las de Bartrina, y se prestan á un paralelo curioso).—La muerte de José Velarde también pide lugar en esta crónica. Yo confieso que nunca le tuve por tan gran poeta, ni siquiera la mitad, de lo que algunos admiradores suyos afirman: verdad que en poesía soy descontentadiza y dengosa, y además no he seguido á Velarde en todo lo que escribió, y acaso tuve la mala suerte de tropezar con lo más endeble de sus producciones poéticas. Dícese que el Ateneo va á consagrarle una velada, en que leerán Zorrilla, Núñez de Arce, Ferrari y Manuel del Palacio: supongo que elegirán lo mejor, y que podré, si ha lugar, rectificar mi juicio.

*
* *

Se ha publicado, traducido, *El dandismo y Jorge Brummell*, de J. Barbey de Aurevilly. Es un libro delicioso, manjar

tan fino, que temo por su suerte. No sé si el público español está preparado para leer y asimilarse á Barbey, que aun en Francia es manjar de golosos (*gourmets*) y no gusta á la mayoría. A mí me parece Barbey un maestro (*menor*). Todo me hace gracia en él, hasta sus indelicadas invectivas contra los *bas bleus*, invectivas que parecen bufidos, no de gato, sino de gata á quien retuercen el rabo. Su donaire, su refinamiento, sus apasionadas críticas, sus alardes de elegancia, legitimismo y catolicismo, su fuerza sugestiva, su estilo maravilloso, trabajado y retorcido como una sierpe de oro de Benvenuto, me divierten, y á veces me admiran, por ejemplo, en el *Chevalier des Touches*, que corre traducido con el título de *El cabecilla*, y en las sorprendentes *Diaboliques*. Temo no encontrar muchos correligionarios *barbeyistas* en España, como no encontré *goncurtistas* (perdón por estas palabras tan feas, y recuerden, para disculparme que desde hace años se viene diciendo "el jorge-sandismo, el sansimo-

nismo,»). En España, y en todo país donde sólo es muy culta una escasa minoría, el éxito corresponde á los escritores de estilo fácil y fluido, desprovisto de originalidad, intérpretes de las ideas generales y admitidas, sean nuevas ó viejas. Las individualidades con marca propia, como Barbey, no son populares casi nunca. Barbey raya en extravagante. ¿Se leerán mucho y se comprenderán un poco las filigranas del *Dandismo*?

